

LA MÁSCARA AZUL

La máscara azul.

Bajo el calzón de seda azul, lustroso y crujiente, se dibujaban las curvas venusianas del muslo. Era éste carnosos sin gordura; de la dureza suya daba claros indicios el estiramiento del calzón. Encajes marfileños caían sobre la redonda pantorrilla. A la mitad de ellas trepaban las botas celestes, ceñidoras de un breve pie, más breve aún por virtud de unos altos tacones Luis XV.

Sin moda precisa, pero de airoso y gallardo corte, era la entrechupa y justillo

que se apretaba contra el cuerpo gentil, celestineando sus juveniles atractivos; como espuma en ola temblaban los encajes blancos sobre las turgencias del pecho, y por los que en el cuello se acaracolaban, surgía la cabecita pelinegra, iluminada por una sonrisa granujona y por dos ojos retadores.

Era una cabecita madrileña, entrelarga, cubierta de gozadoras palideces; los ojos iban y venían como pájaros cautivos, ansiosos de volar tras los retorcidos pestañales; la nariz se remangaba, dilatando sus ventanillas de transparencias color rosa; la boca, grande, sonreía, más que por sonreír, por enseñar los dientes albos, fuertes, puntiagudos; aquellos dientes, al ofrecer caricias, amagaban con el mordisco. Las negruras del pelo ponían marco justo a esta fisonomía rufianesca y sensual.

Rico disfraz el de la máscara. Yo, al verla cruzar presurosa la calle de Alcalá, hollan-

do la nieve que el viento frío de la noche empujaba contra la tierra, busqué con mis ojos el coche que la transportara a tal sitio desde su vivienda lejana. Hasta imaginé en ella una gran dama que, por capricho o refinamiento, iba a enfangarse en un baile cualquiera, entre la canalla bailadora, imitando a las antepasadas suyas, que ilustraron con sus escándalos las cortes de Carlos IV y de Fernando VII.

No había coche alguno en las proximidades. La máscara de lujoso disfraz venía a pie, hollando con sus pies menudos, calzados por las altas botas Luis XV, la nieve menuda que, al deshacerse en agua, convertía el piso en fangal.

Con tan elegantes arreos y tan deliciosa figura iba la máscara azul, envuelta por los remolinos de la nieve, azotada por el aire de hielo que gruñía hostil en el espacio.

A pie iba; no envuelta en abrigo de pie-

les que la defendiesen contra el frío. ¡Abrigo!... Si concedemos los honores de tal a una toquilla rota que se recogía contra los hombros de la máscara, abrigo llevaba ella. Si no, iba a cuerpo, con la redonda pierna al aire y el desnudo cuello entregado a las caricias de la nieve; así iba por la ancha calle de Alcalá, camino del teatro de la Zarzuela, de par en par abierto a bailarines y curiosos.

Máscara graciosa, elegante máscara azul, yo forjaba para ti una leyenda, una fantasía. En ella eras tú buscaplacers señoril; dama, harta de manjares insípidos, que se decidía a buscar los manjares fuertes entre vahos de alcohol y de perfumes vulgares.

No, tu leyenda es otra. Triste leyenda que consiste en dejar mantón y ropa de diario en una tienda de disfraces; en ceñirte rico traje de seda azul y encaminarte a cuerpo, con la toquilla rota por inicuo

abrigo, al pordioseo de unos duros que te ofrezca un borracho en trueque de tu sonrisa granujona y de tus ojos retadores.

¡Bien se disfrazan la miseria y el hambre en los días de Carnaval! ¡Grandes artífices de máscaras son ellos!... No era fácil reconocerlos bajo aquella imagen juvenil, tras aquel traje de brilladora seda azul.

Y la máscara azul se fué alejando lentamente, y antojóseme ella, a la distancia, un cacho de cielo desprendido, que la nieve del cielo iba ensudariando poco a poco...

11

MARIUCA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

333 23

Mariuca.

Entre mis recuerdos de San Vicente de la Barquera hay uno que se ha aposentado con señorío melancólico en mi cerebro. Provócalo una medio niña, medio moza. Aún no contará los trece años.

Es una encantadora chiquilla, de ojos penetrantes y vivos, boca maliciosa y riente, nariz un si es o no respingona; cabellera entre rubia y barba redonda partida por un lascivo hoyuelo.

Hay en su talle flexibilidades de liana; en su busto, apasionadoras redondeces; en su andar, gentileza; en su conversación,

gracia y donosura. Tiene su cutis palideces románticas y orlan sus párpados tenues y sensuales ojeras.

No la educaron vulgarmente. Sabe pensar; también sentir sabe: siempre se aparejan como buenos hermanos sentimiento y discurso. Su imaginación la eleva a ensueños no vulgares que, antes de moldearse entre sus labios color de lumbre, pasan por los cristales de sus ojos en rayos purísimos de luz. Tal vez sueña ya con amores llenos de idealidad y exquisitez; con amadores que llevan elegancia en el vestir, galanuras en el hablar, varonía caballerosa en la imagen y trovadoresca poesía en el corazón.

Tal vez sueña con eso el tierno capullo de mujer, a quien, un día y otro, he visto pasar frente a mí, conversando con veraneantes de catorce, de diez y seis años a lo sumo; ellos estudiaban, mirándose en

los ojos de ella, el abecedario del amor. Ella se lo enseñaba con la superioridad de quien sabe leer de corrido.

Hasta ahora, dirán mis lectores, ni la cosa es extraordinaria ni el drama sale por sitio alguno. Casi todas las niñas de trece y catorce piensan y hacen igual que la niña de la Barquera.

Cierto. Sólo que todas esas niñas, educadas superiormente en pensamientos y sentires, cuando habitan grandes poblaciones o poseen riquezas, pueden convertir en realidades sus ensueños de amor, de felicidad, de fortuna.

La niña de la Barquera habita un pueblo de sesenta vecinos y es pobre; por su educación, ni gusta el trato de las aldeanas humildes, ni éstas gustan de ella para el trato suyo; por su pobreza, no puede alternar con las señoritas del pueblo; tampoco éstas la conceden alternativa. Se halla

entre las unas y las otras, aislada, a distancias iguales, sin poder unirse a ellas, viviendo entre las dos solitariamente.

De ensueños amorosos, no hablemos. Puede acariciarlos, sentirlos; volverlos realidad, no. Los mozos de la aldea que se traen bien y a las veces discurren, aunando el caudal con la sabiduría, o unirán su suerte a la de las muchachas ricas del pueblo, o se irán en busca de mujer a las grandes ciudades. No son para la niña; sólo un azar amoroso podría entregárselos. En el juego del amor, tal y como hoy se entiende el amor, son poco frecuentes los azares.

Los mozos de la aldea que viven dedicados al trabajo manual y ganan su vida remo en puño o herramienta en brazo, tampoco pueden ser para ella; resultan demasiado groseros a los sentires y pensamientos de la criatura gentil.

Quedan los veraneantes; pero éstos son

aves de paso. Cantarán amores a la deliciosa aldeana, pero no harán con ella nido. Tenderán sus alas a los comienzos del otoño y la niña no podrá seguirlos. Las aves humanas sólo vuelan en ferrocarril, y el ferrocarril cuesta dinero, y la vida en las grandes ciudades es cara, y la niña de la Barquera es pobre.

Esto es el drama; no el de la niña de la Barquera, el de todas las mujeres destinadas por la suerte a vivir dentro de las aldeas, con hermosura, con educación y sin capital. Aun las mismas que poseen ese capital y se hallan sujetas por las circunstancias al vivir aldeano, tienen porvenir triste de amores y dichas, si su espíritu y su entendimiento están afinados para exquisitos ensueños.

Siendo triste en tales circunstancias el porvenir de las jóvenes ricas, ¿cuál será el de la niña pobre de la Barquera?

Yo lo veo, lo veía, envolviéndola con velos de amargura y desesperación, cada vez que la gentil muchacha pasaba al lado mío, balanceando el flexible talle de Diana, luciendo las apasionadoras curvas del busto, entreabriendo al espacio su boca maliciosa y riente, clavando en el cielo sus ojos penetrantes y vivos, y aspirando el aire fecundador de la montaña por las anchas fosas de sus respingonas narices.

¿Qué porvenir es el de esa niña? El suyo lo ignoro; el de casi todas las niñas que nacen y viven como ella no es difícil profetizarlo. En él se halla el asunto, no de un drama, de dos.

El un drama es el drama terrible, el trágico, de la mujer que quiere amar a un ser digno, siquiera sea exteriormente, de los amores suyos; el de la que se rebela contra su destino y, ansiosa de volar, de

tender las alas que la Naturaleza le dió, emprende el viaje con el primero que entona a su oído el soñado cantar, para caer después con las alas rotas.

El otro drama es el drama silencioso, manso, más trágico quizás que el primero; el drama de la juventud agostada en la dolorosa faena de esperar lo que jamás ha de venir; es el drama de los días, de las horas, de los minutos, que van dejando huellas en el espíritu y en la carne, y acaban por hacer de la joven soñadora, hermosa y alegre, una solterona agria, fea y ridícula.

¡Ah encantadora niña, infeliz prisionera del medio! El recuerdo de la belleza tuya y la tristeza del porvenir tuyo traen a mi cerebro lágrimas de esas que no se salen por los ojos...

¡Quién sabe si algún día la belleza tuya y el triste porvenir tuyo nos servirán a mí

o a otro cualquier autor para llenar unas cuartillas y buscar satisfacciones a nuestra vanidad con el aplauso público, y a nuestro bolsillo con los derechos de representación!...

SOLEDAD

UNIVERSIDAD DE QUERÉTARO
BIBLIOTECA DE QUERÉTARO
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

Soledad.

Frente a mi casa hay un corral. Conejos, gallinas y palomas lo pueblan. A centenares pueden contarse los habitantes de aquel mundo. Ellos me despiertan con sus runrunes, cacareos y arrullos; ellos me entretienen cuando abandono mi habitación y ando por estas rocas, en cuyos cimientos rompe el mar.

Es un mundo curioso, con luchas y triunfos y derrotas; con ambiciones y desencantos, con alegrías y tristezas, con amor y con odio.

Unas veces son dos gallos quienes, prevenido el espolón, erizada la cresta y el pico entreabierto, pelean por el dominio del harén. Las gallinas presencian el combate con satisfacción vanidosa. Cuando el combate fina, el gallo triunfador endereza el cuello, esponja las plumas, yergue la cola y prorrumpe en quiquiriquís. El gallo vencido huye. Las gallinas le picotean en su fuga. Es condición de hembras ser impudicas con el débil.

Otras veces es el requebrar de dos palomas lo que me distrae.

La hembra es toda coqueterías antes del rendimiento; todo asiduidades, el macho. Ella disimula el deseo con apariencias de esquividad y pudor; él lo exagera con actitudes apasionadas y gallardas. Hace ella como que huye y desdeña, caminando delante de él a saltitos, sin volver la cabeza, entre si te espero o me voy; hace él

viaje tras la paloma, con las alas abiertas, la cola extendida en abanico, el andar gachón y el arrullo continuo y dulce. Así van hasta que la hembra se deja sorprender y el macho la envuelve con el abrazo de sus plumas.

También los conejos riñen y se enamoran en el espacioso corral; también ellos, con sus carreras, con sus saltos, con sus gritos de sensualidad o de gula, alegran mis solitarios paseos.

Lo que especialmente me cautiva y atrae en el mundo de estos irracionales son el cuidado, la ternura, las prolijas atenciones que hembras y machos ponen al servicio de sus crías.

Horas paso admirando la solicitud de las madres con sus hijuelos, el afecto que muestran los padres ayudándolas en su tarea.

Las conejas hacen de su piel almohadón,

donde las crías se tumban a la larga para extraer de las hinchadas mamas la sangre materna vuelta leche. Apenas si las madres abandonan la cama más tiempo del preciso a las urgencias de su alimentación.

El macho vigila su hogar, pronto a reñir peleas con el conejo que invada sus dominios, con la rata que amenace a su prole, con la alimaña que llegue a los suyos en son de guerra y de matanza. Darán su vida primero que la de sus hijos peligré.

La llueca, quieta sobre los cuévanos que sirven a los huevos de matriz, los incuba con pacienzudo esmero. Cuando rompen los polluelos el cascarón, con ellos va y viene, previniéndoles el yantar, defendiéndoles contra el egoísmo de las otras gallinas, incomodándose hasta con su gallo si estorba el esparcimiento de los hijos.

Brava y cariñosa, ninguna satisfacción les regatea, ninguna incomodidad rehuye. Al caer de la tarde, entre sus alas los cobija, y con los latires de la propia sangre caliente su dormir.

Igual hacen en sus nidales las palomas: entre sus picos llevan macho y hembra el alimento a sus pichones; con sus alas los cubren; con picos y uñas están prontos a defenderlos.

¡Sublime instinto de la paternidad, más exquisito, más cuidadoso, más entrañable en la hembra que en el macho, a ninguno de estos irracionales faltas, en todos imperas con soberano y dulce imperio!...

Guarda el corral una chicuela de doce años. Es bonita y afable; apenas sonrío; tiene el mirar de las verdes pupilas triste.

Ella muda el agua y provee de grano a las palomas y gallinas; ella acude con anchas brazadas de hierba a la nutrición de

los conejos; ella revisa camas y nidales; ella es Dios para aquel mundo de inofensivas bestezuelas.

En el corral, sin la compañía de nadie, sentada en un pedrusco, con las manos caídas al largo de la falda, los oscuros cabellos batidos por el aire oceánico y el mirar de los verdes ojos puestos en la lejanía, pasa horas y horas la muchacha. Allí ve cómo los conejos procuran por sus crías, cómo incuban las gallinas sus huevos, cómo las palomas se esmeran en el bienestar de sus pichones, cómo la santa paternidad triunfa, llenando la atmósfera de amor.

Ignoro cuál nombre llevará la muchacha en los archivos del Registro civil. Los chicos la llaman Soledad.

He sabido su historia. Es sencilla y breve, como la de todos los grandes infortunios.

Su madre la abandonó por seguir a un hombre. Pudo más en ella el ansia del macho que el afecto de la hija; la hembra pisoteó a la madre.

Cerca de la madre se acostó una noche la chiquilla; oyó su voz antes de dormirse; siguió en sus sueños oyéndola. Cuando despertó estaba sola, completamente sola.

La madre había huído para no volver nunca.

Unas buenas almas recogieron a esta huérfana con madre viva.

Sin madre está. Y todas las mañanas, todas las tardes se dirige al corral, al mundo de inofensivas bestezuelas, donde no hay una cría sin madre, un nido sin amor.

Allí pasa horas y horas, sentada encima de una piedra, metida en un ambiente de pasión maternal.

Allí está con los brazos caídos al largo